

MANUEL MACHADO Y EL 98

La Teoría de las Generaciones tuvo un momento de plenitud, entre nosotros, hace años. Desde que Pedro Salinas hiciera un ensayo de aplicación de las notas generacionales establecidas por Petersen (ya utilizadas anteriormente por Jeschke para lo mismo) al grupo que ya había sido llamado generación del 98, con criterios diversos y con discusiones, a veces con intervención de los mismos protagonistas, la adscripción de los escritores españoles que comenzaron su obra a finales del siglo XIX a dicha generación, o la división en grupos y tendencias, complicó mucho el trabajo de la historia literaria.

El método de las generaciones había ido apareciendo en la obra de Ortega, pero sin aplicaciones a la historia literaria española. Los conceptos de Petersen (que creo recordar que habían sido presentados en un artículo de *Razón y Fe*) constituyeron ya una guía metódica excesivamente rígida. Por otra parte, Menéndez Pidal hizo una división por generaciones de la historia de nuestra lengua en el siglo XVI, aunque sin mucha precisión en cuanto a criterios distintivos. Posteriormente hubo algunas alusiones. Pero fue Pedro Laín Entralgo quien en sus estudios sobre nuestra cultura moderna y la preocupación por España realiza un serio intento de utilización del método generacional, a cuya fundamentación teórica dedicó un libro también muy importante. En el dedicado a la generación del 98 se enfrentó ya con problemas de división de tendencias y de incisión de autores en los dos grupos que ya se habían distinguido por Valbuena, Pedro Salinas, etc. Julián Marías, en un libro de conjunto, y después en estudios varios, recordó las importantes aportaciones de Ortega —ya citado por Petersen—, y posteriormente ha continuado la organización de la teoría del método y sus aplicaciones, entre otros casos al 98 (1). A raíz de publicarse

(1) Los trabajos y obras a que me refiero son sobradamente conocidos. No he podido comprobar la existencia del artículo de «Razón y Fe», Hans Jeschke, «Die Generation von 1898 in Spanien, trad. española de Y. Pino Saavedra. Santiago de Chile, 1946. Pedro Salinas, «El concepto de Generación Literaria aplicada a la del 98», en «Revista de Occidente», CL, di-

La generación del 98, de Laín, publiqué una reseña en *Arriba*. Una duda sobre la falta de inclusión de Manuel Machado dio lugar a una amistosa respuesta del gran poeta, y ésta, a su vez, a unos artículos de Pedro; en ellos incluía a don Manuel en el 98, seleccionando los temas más afines a los que había utilizado metódicamente en su libro para precisar las conexiones entre los autores de la discutida generación.

Pedro Laín era buen amigo de Manuel Machado. No sé si se conocieron durante la guerra española. En la posguerra hubo una tertulia en el café Lyon —el de Correos—, y de sus dos locales, en el que tenía como sótano, «La Ballena Alegre», una tertulia que no ha encontrado historiadores tan excelentes como los que han fijado los hechos de las del Lyon d'Or o la del Gijón. La del Lyon (o León, por reacción purista) fue tertulia generacional y de grupo. Allí acudían los fundadores de *Escorial* y no sé si de allí salió el generoso intento de *Musa Musae*, las reuniones literarias en el despacho de Lloset Marañón, director a la sazón del Museo de Arte Moderno. «Presidían» la tertulia don Manuel Machado y José María de Cossío; asistían, de los que recuerdo, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Leopoldo Panero, Alfonso Moreno y también Gerardo Diego. Se daba esa unidad entre generaciones, la falta de rotura de que ha hablado en alguna ocasión Dámaso Alonso, ya que, por otra parte, las relaciones de ese grupo de *Escorial* con Azorín y Baroja eran muy cordiales. Pedro Laín, entonces, como siempre, manifestaba su seriedad, su bondad personal, su auténtica honradez y exigencia intelectuales, y la generosa comprensión que yacía en todos sus intentos aunantes de nuestras diversas tendencias culturales.

La posición de Laín no era fácil, y otros grupos de escritores o no escritores mantenían actitudes violentas contra los del 98. Creo que mi reseña, con la de Fernández Almagro, fueron las más favorables, como ha destacado Martínez Cachero (2) recientemente. La contestación de Laín significó un desarrollo y ampliación de las precisiones claras del poeta, y una decisión de considerar ya a Manuel Machado como perteneciente al 98.

La cuestión de una delimitación de los poetas de fin de siglo en dos grupos surgió ya en el libro *La poesía española contemporánea*

ciembre de 1935. Pedro Laín Entralgo, «La generación del Noventa y Ocho», 1945. Las generaciones en la Historia. Jullán Marías, «El método histórico de las generaciones», Madrid, 1949, ahora en «Obras», Madrid, 1969. Últimamente en un artículo de «La Vanguardia» (9 de junio de 1974) «Generaciones. Los cambios del mundo» anuncia la próxima aparición de su libro «Literatura y generaciones». No parece que el método haya seguido aplicándose en los cuadros de la nueva ciencia de la Literatura. Así en el libro misceláneo «Methoden der Deutschen Literaturwissenschaft, Frankfurt a M. 1971, que ofrece el contraste entre las direcciones clásicas y las actuales está ausente cualquier trabajo con método generacional

(2) «La novela española entre 1939 y 1969. Valencia, pág. 67.

(Madrid, 1930), de Angel Valbuena Prat. Y fue Dámaso Alonso el que por primera vez también expuso sus dudas sobre una dicotomía tan rigurosa. Posteriormente Pedro Salinas había hecho también distinciones, y en su artículo de 1935 había hablado del «modernismo como lenguaje generacional». Dámaso Alonso en 1947 dedicó un importante estudio a Manuel Machado (3); otro sobre Antonio Machado puede completar algunos puntos. Fija aún más su posición de 1931: «modernismo y generación del 98 son conceptos heterogéneos; no pueden compararse, ni tampoco conjuntarse en uno más general común a los dos. Modernismo es, ante todo, una técnica; la posición del 98... una Weltanschauung»... Quiere decir esto que «modernismo» y «actitud del 98» son conceptos incomparables, no pueden entrar dentro de una misma línea de clasificación, se excluyen mutuamente. Dicho de otro modo, se pueden mezclar o combinar en un mismo poeta o en un mismo poema. A continuación analiza las actitudes vitales expresadas en las poesías de Machado y las coincidencias temáticas; al mismo tiempo nos presenta análisis de textos mostrando el perfectísimo arte del poeta. La coincidencia con la propia posición de don Manuel indica una vez más cómo desde el principio de la discusión, hacia 1931, Dámaso Alonso supo acertar. (Fue culpa mía quizá el que no le hablara de los artículos periodísticos, entonces ya perdidos en las necrópolis de los números viejos).

Posteriormente, Guillermo Díaz Plaja (4) extremó las diferenciaciones. Un método literario que busque ante todo agrupaciones y generaciones, sin estar compenetrado con un análisis minucioso, inmanente de textos, es útil para ver las diferencias, no para las tangencias, y zonas comunes. Considera que Manuel Machado no pertenece ni mental ni estilísticamente al 98; es modernista puro, transido de la influencia verlainiana, diferenciado como sensual de Antonio, que es mental, y desinteresado por Castilla, su sentido del tiempo, esencialmente es de la instantaneidad. Reconoce la participación de Machado en empresas generacionales, como las revistas. Vemos que don Manuel cifra en ello una de sus pertenencias al 98. En ningún momento admite interferencias, y no discute ni cita las opiniones de Dámaso Alonso sobre la cuestión. (Dámaso cita, en la reimpresión del artículo, la obra de Díaz Plaja sin más comentario.) Y el caso es que Díaz Plaja acierta a diseñar con el nombre de Fin de Siglo (¿de procedencia orsiana?) el momento espiritual en que conviven tendencias y sur-

(3) «Ligereza y gravedad en la poesía de Manuel Machado», ahora en «Poetas españoles contemporáneos», Madrid, 1969, 3.^a ed., espec. pp. 83 y ss.

(4) «Modernismo frente a 98», Madrid, 1951.

gen formas dispares, y reconoce que hay zonas de confusión entre la tendencia «ética» y la «estética».

Las distinciones extremas de Díaz Plaja fueron discutidas por Rafael Ferreres en un excelente estudio (5). Considera discutible la oposición Castilla y París, y se refiere especialmente también a los temas castellanos en Manuel Machado. Sobre esto insistiremos más adelante. Es importante la consideración de los elementos simbolistas, en temas y vocabulario. Por primera vez, creo, se indica la comunidad léxica con el simbolismo francés. Ciertamente es que Ferreres atiende más al modernismo en el 98 que a la implicación contraria.

También Julián Marías (6) hace objeciones al concepto de dos generaciones; considera que existe una sola, aunque con dos o más tendencias. Otros autores han insistido en esa fusión, textualización diría yo, de elementos diversos en los autores del fin de siglo. Así Ramón de Zubiría (7), que revisa también la cuestión de límites entre 98 y modernismo, con referencia a Antonio Machado, recogiendo opiniones antiguas, como la de Juan Ramón, sobre la «unión mágica» de Rubén Darío y Miguel de Unamuno. Aurora de Albornoz (8), que ha estudiado exhaustivamente la relación entre ambos escritores, da también nuevas perspectivas. Por último, Gustav Siebenmann (9), en su importante estudio sobre los estilos poéticos en España desde 1900, da un resumen de la cuestión y adopta una postura semejante a la de Dámaso Alonso. Manuel Machado, como Jano, dirige su rostro poético en las dos direcciones; en él entremezcla y funde todo.

La propia afirmación del poeta indica precisamente cómo hay un momento común, con participación en empresas, convivencia y temática también semejante. El dice claramente: «Es muy cierto que yo pertenezco plenamente a la generación del 98...» Los puntos suspensivos, recurso tan frecuente en él (y en Antonio) representan un comienzo de concesión: Sigue: «... en cuanto fue aquella una generación principalmente estética; es decir, artística y literaria, que hizo una revolución literaria y artística; principalísima, casi exclusivamente estética, sin perjuicio —claro está— de las remociones de fondo que implican siempre los verdaderos trastornos de la forma». Díaz Plaja, entre los copiosos materiales que aporta, presenta extractos de una

(5) «Los límites del Modernismo y de la generación del 98», 1956, ahora en el vol. del mismo título, Madrid, 1964.

(6) Rubén Darío: «Un nivel y un temple literario», ahora en «Obras», VII, 1966, 562-573, la opinión sobre el 98 en la pág. 564.

(7) «La poesía de Antonio Machado», Madrid, 1969, 3.ª ed.

(8) «La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado», Madrid, 1968.

(9) «Los estilos poéticos en España desde 1900», Madrid, 1974, especialmente pp. 95-104, 129-132.

conferencia (¿1910?, duda Guillermo) de don Manuel en la que éste dice: «El modernismo, que realmente no existe ya, no fue en puridad más que una revolución literaria de carácter puramente formal. Pero relativa no sólo a la forma externa, sino a la interna del arte.» En 1945 habla de «las remociones de fondo que implican siempre los verdaderos trastornos de la forma». Ciertamente, Machado no habla del 98, pero posiblemente en esa fecha no había nacido la designación. Según lo que se ha dicho, la designación de 1898 es tardía, hacia 1913, por Azorín. Queda, pues, la constancia de una conciencia unitaria de grupo en Manuel Machado, aunque reconoce la separación de los que ya llamara del 98, en actitudes y temas, después de haber afirmado su prioridad en algunos de éstos.

Creo que la cuestión queda aún abierta. Quedan aún muchos trabajos parciales; el camino abierto por Díaz Plaja en cuanto a la explotación de revistas y periódicos; análisis de esos materiales aún intocados en parte (por ejemplo, no he visto referencias a *Nuestro Tiempo*, con importantes colaboraciones sobre el modernismo). Y sobre todo análisis de textos y coordinación de las poéticas y las prácticas. (Ya Gullón ha avanzado en ese terreno.) Las comparaciones de textos son exigidas aun en las escuelas más inmanentistas, sin olvidar que la comparación es siempre «entre sistemas». Las «unidades poéticas mínimas» que se interpenetran entre poesías de Antonio Machado y Manuel Machado son bastantes. Se ha hablado del carácter, más del 98, del famoso «Castilla» de don Manuel, pero ¿se ha observado el «modernismo» del poema más castellano de don Antonio «A orillas del Duero»? La métrica lo es, pero sirve precisamente a la visión amplia del paisaje; ¿y la presencia del tema cidiano, con la ortografía arcaizante, Myo Cid, y la de los «guerreros y adalides» no nos recuerda algo? La consideración de la poesía española es un contexto europeo, dirección seguida en parte por Siebenmann, nos daría también algunos frutos. Los elementos simbolistas, apuntados por Ferreres, en Manuel y Antonio Machado podrían ser precisados si aplicáramos a estos poetas los esquemas que Emmy Neddermann utiliza en el estudio de la poesía simbolista de Juan Ramón Jiménez, y recordar que la prosa de Azorín está también construida con estilemas simbolistas. Por otra parte, esa implicación europea nos salta a la vista si recordamos que 1898 es fecha (no digamos generacional, para que no se nos enfade Julián Marías) importante en la poesía europea: es la muerte de Mallarmé. Precisamente, Bowra llama a los poetas europeos que surgen entonces los «herederos del simbolismo». En mis cursos universita-

rios, sobre todo para extranjeros, he dado esa interpretación de los poetas del fin de siglo, o de comienzos de siglo, español (10, 11, 12).

Por otra parte, hay que tener en cuenta las nuevas posiciones críticas ante el 98. Hay un desinterés creciente por el aspecto de creadores de un nuevo lenguaje y de obras del alto nivel que nadie discute; una sociología que se aparta de la obra de arte como unidad de dinamismo inmanente, quiere desmitificar (o remitificar en otro sentido) a nuestros grandes autores del grupo. Más importante quizá es la revalorización de la generación de la Restauración y el estudio de las unidades ideológicas («ideologemas» en la nueva crítica formalista), que en suma fueron el contenido de las obras de carácter noventaiochista. López Morillas, Gómez Molleda, Maravall, han estudiado ya la tradición de esos contenidos (13). En una larga preparación de un estudio y edición del *Idearium español* observo también esas corrientes, muy anteriores a «Campos de Castilla» o «Caprichos». ¿Serían entonces los poetas y prosistas del 98, también en este aspecto, «herederos»? ¿Serían todos «poetizadores» (en el sentido dialéctico y estructural de la palabra) de un conjunto de temas y materiales dispares y anteriores? Quede esto como una mera reflexión. Pero sin duda la imagen de Castilla, contra la que protestó Menéndez Pidal (que fijó también su posición ante el Noventa y Ocho en una entrevista que le hice para *Arriba*, y que Dámaso Alonso utilizó muy bien después), queda más potente y fuerte en las acusaciones formales, exaltadas por los estilemas rítmicos, tímbricos y léxicos del simbolismo o «modernismo»: «por la terrible estepa castellana» o «Castilla miserable, ayer dominadora» (oposición léxica apoyada en el bimembranismo del alejandrino).

Ya es demasiado divagar sobre una base tan modesta que presentar unas colaboraciones periodísticas olvidadas. Lo importante es revivir el artículo de don Manuel Machado, y añadir, aunque ya está en

(10) O. c., p. 88.

(11) «Die Symbolistischen Stilelemente im Werke von Juan Ramón Jiménez», Hamburg, 1935.

(12) «The Heritage of Symbolism», London, 1943, no estudia ningún poeta español; en «The Creative Experiment», estudia a Lorca.

(13) Véase sobre esto el reciente artículo de Laureano Bonet «Hacia un redescubrimiento ideológico de la Restauración», «Insula», núm. 328. Mi propia posición «mitificadora» si se quiere, de los hombres del 98, la he expuesto en artículos, estudios, cursos y conferencias, desde 1939. Véase para Azorín mi librito «Sobre Azorín», Murcia, 1973. A raíz de la muerte de don Manuel hablé en un acto de la Facultad de Filosofía sobre él, en el mismo acto mi fraternal amigo José María Valverde hablaba de Antonio Machado.

libro, los de Pedro Laín, quien, con su constante generosidad, me ha autorizado a que se reproduzcan aquí, para ofrecer conjuntamente todo lo relativo a la toma de posición en la historia literaria por parte de un gran poeta y un gran amigo.

MANUEL MUÑOZ CORTÉS

Spanisches Kulturinstitut
Marstallplatz, 7
MÜNCHEN (Alemania)

HISTORIA DE UNA PASION ESPAÑOLA
(La generación del 98 vista por Laín Entralgo)

Por M. MUÑOZ CORTÉS

Sin prisas y sin pausas, con una determinación y una rigurosidad ejemplares, Pedro Laín Entralgo viene publicando, desde hace unos años, libros siempre nacidos de una entrega absoluta a la meditación y al estudio. Al menos, así aparecen a los que lo leen, muchos de los cuales no pueden adivinar las urgencias de toda índole que azacanean la labor de Laín Entralgo, urgencias que, por una serie de circunstancias —que no sabemos si lamentar o gozarnos de ellas—, han ido remitiendo. Dos direcciones fundamentales pueden verse en la producción de este autor: la historia de la Medicina y los temas de la cultura española en su sentido más profundo y significativo. En la primera funde su profesionalismo médico con un concepto nuevo y fresco de la historia; a la segunda lleva una preocupación inmediata, un anhelo de entendimiento de lo que España y la vida española, sea en su raíz ontológica o en su vuelo metafísico. Y una vez más observamos cómo por una decisión de la Providencia parece que cualquier anhelo de explicación de España ha de partir de una situación patética, de una angustia ante la realidad cotidiana, aunque nazca a través del rigor estético de la prosa bellísima del 98, de la rectitud intelectual de Ortega o del rigor metódico de Laín. Casi podemos llegar a preguntarnos si son las circunstancias de cada momento histórico en que se acomete esa interpretación o si es el mismo objeto de ella —España, nuestra España— la que no permite otra postura vital ante ella que la de la pasión, la de la vibración estremecida del momento en que su pensamiento se hace nuestro pensamiento, nacido entre escalofríos de las entrañas. Porque ni aun los extranjeros más helados se libran de ello. Y en Pedro Laín Entralgo confluyen su temperamento y el momento en que su pensamiento se hace letra y se quiere en otras veces hacer acción.

* * *

Innumerables son los trabajos parciales que se han publicado sobre la generación de 1898; de conjunto hay pocos; en este momento recuerdo sólo el de Jeschke (*Die Generation von 1898*), que no ha sido tenido en cuenta por Laín. El libro de Laín va examinando, ante todo, la imagen y anhelo de España, que operó en las almas de los hombres de esta ejemplar generación: así, en la epístola a Dionisio Ridruejo, que prologa la obra, declara que no se sitúa ni entre los indiferentes, ni entre los hostiles, ni entre los derretidos, sino entre los que gravemente reconocen la deuda que tenemos los españoles de la época contemporánea hacia esa generación: deuda idiomática, estética y española. Agradecimiento y reservas componen el libro de Laín. Y, como decimos, es, ante todo, la visión de España lo que lo centra, es lo que podríamos decir, al modo de Mallea, la historia de una pasión española, de la pasión de esos hombres: Machado, Azorín, Baroja, Maeztu, Unamuno.

La obra de Laín es, ante todo, un libro. No paradoja, sino descripción es lo que quieren ser sus palabras. Digo libro, porque toda la obra está escrita en función de la totalidad, no amontonada en fragmentos. Yo lo he leído rápidamente, tomando algunas ligeras notas, que son las que van aquí. Es obra que merece un examen lento y extenso, que no representa, en absoluto, esta noticiosa reseña: Comienza *La generación del 98* por la meditación sobre *Un paisaje y sus inventores*, sobre el gran descubrimiento del paisaje que realizan los escritores del 98. Después se discute el concepto de generación del 98, examinando las razones de los que niegan su existencia como tal grupo y los que la afirman. El concepto histórico de generación fue casi exhaustivamente estudiado por Laín en su libro anterior *Las generaciones en la Historia*. Ahora se aplican unos conceptos generacionales que si bien no llegan al esquematismo de Salinas, precisan con bastante exactitud la figura de la generación. A continuación Laín, con aguda mirada crítica, examina los recuerdos de la infancia, y el enlace sentimental y literario entre la tierra nativa y Castilla. «El Sabor de la Historia» es el capítulo dedicado a observar y cualificar los contactos de los hombres del 98 con la historia patria. Después de un bello e interesante «Intermedio sobre Madrid», se describe el Madrid del 98. Y ya, tras esta parte, que es como una introducción, Laín se mete derechamente en el problema eje de su libro: el amor o la pasión española, el concepto de la historia de España, los conatos de intervención de los del 98 en la vida política y social de España, y, con el fracaso de esos conatos, la evasión hacia el ensueño y la España soñada. Se cierra el libro con un epílogo en tres tiempos, que en sus líneas finales es una afirmación de fe en el destino de España.

He extractado el índice. Las sugerencias y observaciones nacidas en la lectura llenarían —y llenarán, Dios mediante— bastantes páginas. En el tema del paisaje creo que Laín ha extremado un poco su observación de que el hombre es un elemento perturbador en la pureza natural. (Junto a los hijos de Alvar González —el estremecedor poema de Antonio Machado— está la recta y noble figura del mismo labrador. Junto a los «atónitos parludos» de Soria hay la invocación a las gentes del llano numantino.) Por otra parte, en el descubrimiento del paisaje hay una diferencia entre los paisajes «totales» de Unamuno, casi siempre vistos desde las cumbres, y los fragmentados, vistos desde un camino, de Machado, o los de calidad

de primitivo de Azorín. Una duda que sugiere el libro es la falta de inclusión en él de Manuel Machado. Pero creo que pocas veces unas creaciones literarias han sido examinadas con tanta sensibilidad, con tanta finura y expresado el análisis con tanta calidad a su vez como en estas páginas de Laín. La penetración y el acierto aumentan cuando se tratan ya problemas biográficos e históricos: dentro del capítulo dedicado a estudiar la crisis religiosa de los hombres del 98, encontramos una elegancia y una comprensión ejemplares. O en el dedicado a describir las primeras experiencias madrileñas de los escritores del grupo. Y ya cuando llegamos a las páginas centrales, en donde hay, por primera vez, un entendimiento claro de la acción y la desilusión de estos hombres, leemos casi sin reaccionar separadamente del curso del pensamiento de Laín, ganados por él, por su sereno fluir, por la construcción armoniosa de las ideas. Terminamos con el alma transida por la tesis de Laín, por su misma apasionada, casi dolorida, visión de la obra española de los hombres en cuyos libros aprendimos muchos a leer maduramente. Frente a tanta obra montada sobre puras anécdotas, resentidas o beatas, el libro de Pedro Laín es, como todos los suyos, serio, ejemplar y digno.

(Arriba, 15-11-45.)

EL 98 Y YO

(Para alusiones)

Por MANUEL MACHADO

«Una duda que sugiere el libro es la falta de inclusión en él de Manuel Machado.» M. Muñoz Cortés. «La generación del 98 vista por Laín Entralgo». («Arriba», 15 de noviembre).

Cuidado... A mí me consta positivamente que Pedro Laín me tiene en una alta estima, pareja de la que yo —con más justo motivo— siento por él. Téngolo por uno de esos hombres de oro de ley —corazón y mente— en quienes no se sabe qué admirar más, si la bondad del talento o el talento de la bondad. Que no sólo hacen el bien sino que saben hacerlo...

Por eso quiero yo ser el primero en sincerarlo de mi «no inclusión» en el «basamento» de su magnífica obra sobre la Generación del 98, a lo largo de toda la cual —y aun a su mismo frente—, tantas alusiones gratísimas le debo... Conque, agradeciendo mucho a Muñoz Cortés su «duda», me apresuro a disiparla previamente antes de dedicar al gran libro de Laín el razonado y ferviente elogio que merece.

Es, sí, muy cierto que yo pertenezco plenamente a la Generación del 98... en cuanto fue aquélla una generación principalmente estética; es decir, artística y literaria, que hizo una revolución literaria y artística; principalísima, casi exclusivamente estética, sin perjuicio —claro está— de las remociones de fondo que implican siempre los verdaderos trastornos de la forma.

También es cierto que yo fui el primero en poner, por entonces, sobre el tablero los temas españoles —netamente españoles— con mis glosas de

Berceo, del Arcipreste y, sobre todo, del famoso Poema que hizo Per Abad», destacando la figura de Alvar Fañez y, por encima de ella y de lo demás, la de Myo Cid y su Castilla eterna. Pero ahí quedó el tema para «más señores» y yo no continué por ese camino, si bien la nota sentimental y lírica adoptó en mí, frecuentemente, la forma hondamente castiza de los cantares del pueblo...

Pero Pedro Laín no debía, no podía, en resolución, incluirme entre las figuras señeras de aquella época que habían de servirle para basar su sistema de estudio, crítica y exégesis de la *Generación del 98*, su nuevo y admirable libro... Pues, aunque Laín reconoce el puro esteticismo, y aun el «apoliticismo» común a los escritores del 98 —nadie tomó nunca en serio el carlismo de Valle-Inclán ni el anarquismo de Maeztu, por ejemplo— todavía necesitaba; puesto a escoger las figuras a su propósito, acotar aquellas en que otro rasgo común a todos nosotros los hombres de entonces: el amor y el dolor de España —más agudamente sentido y expresado en las ansias de un afán regenerador— ocupaba, pudiéramos decir, el lugar de un pensamiento político de alta envergadura... Dolor y disgusto de la España de aquel momento, feudo, en cuanto a gobierno y regimiento público, de oradores y abogados degenerados ya, hasta cierto punto, en charlatanes y picapleitos lamentables...

Y, así, escogió Laín —a mi juicio con absoluto acierto y perspicacia— los arquetipos básicos de la Generación regeneradora: Azorín o el paisaje; Baroja o la Anti-Retórica; Unamuno o la Filosofía vital; Antonio Machado o la Poesía... Todos ellos unidos por la exacerbación del amor y el dolor de España a que me vengo refiriendo...

Yo, que a ninguno cedía en el amor de España, y no era tampoco del todo indiferente a su dolor y disgusto, no les seguía en este último camino con demasiado ardor... De él me apartaban un poco mis aficiones a cosas muy consustanciales con la vida de España de entonces... y aun de la de siempre... Yo, por ejemplo, no abominaba de las corridas de toros, antes cantaba la fiesta nacional, bárbara y pintoresca, en versos llenos de color y de calor... Participaba cordialmente en esa alegría sin causa, y aun a pesar de todo, de muchos festejos populares... De la misma mala literatura que habíamos combatido —y derrotado— los del 98 me refugiaba yo, encantado, en la poesía popular de mi Andalucía particularmente y, en general, de toda España...

Este vago principio de conformidad subconsciente acaso implicaba por mi parte un complejo de inferioridad u obediencia sencillamente al adagio vulgar de «el que feo ama, bonito le parece»...

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que cuando Costa y Unamuno y el mismo Maeztu propugnaban la conveniencia, y aun la necesidad, de «europeizar» a España, yo escribí el primero en un artículo, que se titulaba «El Super-López» —Dios me habrá perdonado esos pecados de *Juventud* (así se llamaba el semanario fundado por mí a los veinticinco o veintiséis de mi edad)— escribí, digo, por la primera vez, aquello de que, a mi parecer, en vez de «europeizar» a España sería mejor acaso «españolizar a Europa»... Esto, que se ha repetido mucho luego, parecería hoy un halago a ciertas tendencias muy modernas de la política española... Decirlo en aquellos días, no dejaba de suponer cierto atrevimiento y aun cierto valor, que llamaríamos cívico en todo hombre que no estuviera, como yo entonces, totalmente

de espaldas a las cuestiones políticas... o, mejor, cuya política toda consistía en escribir versos lo mejor posible.

Pero este hombre en absoluto individualista, atento sólo a la autoformación de una fuerte personalidad literaria —otro rasgo común en el fondo a los del 98— no era, sin embargo, ni mucho menos, el tipo característicamente imprescindible en una perfecta exégesis de la famosa Generación, tal como la ha hecho el gran historiador y gran pensador, y en el fondo, gran poeta también, que es Pedro Laín Entralgo.

(*Arriba*, 13 de diciembre de 1945.)

EN TORNO A MANUEL MACHADO

Por PEDRO LAIN ENTRALGO

Independientemente de si él, en verdad, pertenecía, ¿quiso Manuel Machado pertenecer a la «generación del 98»? Sí y no, vino a decirnos en el artículo que dio motivo a estos míos. Sí y sí, me atreví a pensar yo. Y como mi amistad con don Manuel lo merecía, me esforcé por demostrar con sus propios textos poéticos que, además de haber sido «hombre del 98» por su credo estético —modernista como todos saben—, lo fue también, aunque más fugaz y levemente, por su sensibilidad frente a las cosas de España. No sé si habré logrado buen éxito en mi propósito historiográfico. Estoy seguro, en cambio, de haberlo conseguido muy plenario en mi empeño amistoso. Recordaré siempre la efusiva alegría de don Manuel cuando, con su paso de «banderillero de Apolo», según la felicísima definición de Gerardo Diego, se acercó a decirme su agradecimiento. No hay duda: Manuel Machado, hombre de la «generación del 98». En ese egregio grupo literario tenía lo mejor de su corazón: y con esa filiación se hallará su alma empadronada, para siempre, en la ciudad española de los Campos Elíseos.

MANUEL MACHADO Y EL NOVENTA Y OCHO

I

Ha dicho Muñoz Cortés en su inteligente reseña de mi libro sobre la «generación del 98»: «Una duda que sugiere el libro es la falta de inclusión en él de Manuel Machado.» Manuel Machado recogió al vuelo esta observación, y en su artículo «El 98 y yo» expone las razones por las que pertenece y no pertenece a la egregia generación: «Es, sí, muy cierto —precisa don Manuel— que yo pertenezco plenamente a la generación del 98... en cuanto fue aquella una generación principalmente estética.»

La lectura de este artículo —gracioso como una buena revolera, cordial como un abrazo paterno— ha suscitado en mi alma dos movimientos distintos: uno, sentimental, de gratitud; otro, intelectual, de interrogación. Al primero, puramente privado, no dedicaré aquí sino tres palabras rituales: «Gracias, don Manuel.» Al segundo, que plantea un delicado problema histo-

riográfico —¿acaso no está ya y estará siempre Manuel Machado en la historia de las mejores letras españolas?—, debo consagrarle algunas más. Por lo menos, todas cuantas quepan en este mínimo ensayo.

«Benavente y Manuel Machado —dice mi espístola nuncupatoria— ofrecerán mucho material a quienes estudien la obra literaria y estética de la generación, pero lo brindan relativamente escaso el indagador de sus reacciones ante la vida española circunstante.» Admitamos que eso es cierto. ¿Cuál es entonces la cuantía real de esa presunta escasez?

Aquí están, a mano izquierda —la del corazón—, las *Opera omnia lyrica* del poeta. Editor de ellas he sido. Aquí, a derecha mano, el esquema biográfico sobre el cual ha sido edificado mi libro sobre «los del 98»: recuerdo del país nativo, visión de la Castilla áspera y delicada, experiencia de Madrid, crítica de España, sueño de España. ¿Cómo responde a este interrogatorio la obra de don Manuel? Contestaré apretada y sistemáticamente. Que el lector acepte y perdone otra vez a este insoportable sistematizador que llevo dentro.

Visión nostálgica y paradisíaca de la tierra nativa. ¿Cómo no verla en el *Canto a Andalucía*:

Cádiz, salada claridad...

en la estampa cromática de Puente Genil:

*De celeste y blanco
viste el pueblecillo...*

y, sobre todo, en el lindo poema *Colores*:

*Ya pansan los olivares.
Ya la vereda se acaba...?*

Castilla, drama y delicadeza, aspereza y ternura. Drama y aspereza hay en el famoso verso de *Castilla*:

Por la terrible estepa castellana,

en el apunte de la Mancha con que acaba *La hija del ventero*:

*Parda y desabrida
la Mancha se hunde
en la noche fría*

y en el hecho de llamar «campo de martirio» a la tierra de La Granja. Delicadeza y ternura, en la evocación del Arcipreste:

*Pardas tierras, ancho llano
tan liviano en su verdor,
que a tenderse en él convida...*

Actitud, tristeza e inconsciencia de Madrid:

*esa horrible cosa que cruza, de noche,
las calles desiertas*

(Nocturno madrileño)

*... la melancolía
de los bisnietos de Myo Cid*

(Yo, poeta decadente... y Madrid canta):

*la seriedad del sitio corrige la alegría
de la luz...*

(Visión de una plaza de Madrid, en Madrid viejo.)

Crítica de la España en torno, la España descubierta en la adolescencia. ¿La hay más dura que la contenida en tres versos de un poema de 1909, el titulado *Prólogo-Epílogo*?

*En un pobre país viejo y semisalvaje
mal de alma y de cuerpo y de facha y de traje,
lleno de un egoísmo antiartístico y pobre...*

Y aunque en este poema hable el esteta modernista y no el regenerador, ¿falta en él, por ventura, la alusión al «cacique tremendo»?

Interiorismo, preocupación morosa por la esencia castiza de España. Si esta preocupación se expresa de un modo intelectual, estético o evocativo en otros, en Manuel Machado se manifiesta bajo la especie de una férvida y derramada simpatía vital. Vital y simpáticamente se acerca don Manuel, en efecto, a la gran creación lúdica y a la gran creación lírica de nuestro pueblo: la corrida de toros y la canción popular. ¿No hay en este costado de la obra de Manuel Machado una voluntaria y fogosa inmersión sentimental o en los senos mismos de la casticidad española, el «chapuzamiento en pueblo», que proponía Unamuno? La inmersión poética de Manuel Machado en la costumbre popular es, por supuesto, reidora y garbosa: él mismo confiesa preferir a todo

un destello de sol y una risa oportuna.

¿Carece, sin embargo, de las notas doloridas, amargas, que el contacto con el pueblo tiene siempre para los escritores del 98? Entre los versos exultantes y coloristas con que Manuel Machado describe la corrida de toros se desliza esta terrible visión zuloaguesca del caballo muerto:

*Y la paz es un charco
de sangre mala y negra;
y aquellos dientes fríos y amarillos...,
un azadón, un esportón de tierra.*

Y junto a las coplas que suenan a cascabeles, esta otra, tan sencillamente

expresiva del reposo de un pueblo resignado y doliente sobre la tristeza y la limitación cotidiana:

*Todo es hasta acostumbrarse:
carifío le toma el preso
a las rejas de la cárcel.*

Advierto al llegar aquí que el tema vence inexorablemente a mi voluntad de concisión. Sea, pues, concedida al tema —la poética humanidad de Manuel Machado—, no a mí, la venia de un segundo artículo.

II

Manuel Machado se sumerge en la costumbre de su pueblo —los toros, la copla popular, la sal de la frase efímera, la alegría del buen beber— con intención estética y convivencial, no con propósito definitorio. Algo más hay, sin embargo, en las raíces de su alma:

*Al fundir el corazón
en el alma popular,
lo que se pierde de nombre
se gana de eternidad,*

nos ha dicho y hablando así, ¿no ha dado expresión rimada a la tesis de Unamuno sobre el enriquecimiento de la intrahistoria por obra de las creaciones individuales?

La Andalucía nativa, la Castilla descubierta, el Madrid habitual, la España en torno y el pueblo de España son cantados por el poeta Manuel Machado de modo innegablemente personal, mas también con un estilo generacional muy perceptible. No acaban ahí las semejanzas.

Manuel Machado no ha sido nunca apóstol de la regeneración, ni siquiera de pasada, como Unamuno, Azorín y Baroja. Ha sido siempre un puro poeta modernista y popular. Aun siendo esto así, el lector atento logra percibir una secreta analogía entre sus estados de ánimo y los de Antonio Azorín y Fernando Ossorio, típicos representantes de la actitud generacional después de la aventura regenerativa y de la crisis nacional de 1898.

Mi voluntad se ha muerto una noche de luna,

escribe Machado un año después del que da nombre a su generación. No es que haya quedado sin voluntad; ha descubierto tan sólo que quería demasiado y siente que su juventud se va

harta de ver venir lo que, al fin, no ha venido,

según su propia sentencia en *Prólogo-Epílogo*. Luego, vencida esa complacencia morbosa en el desmayo, llegará la limitada conformidad, cuando el poeta de *Adelfos* pueda decir de su propio corazón:

*Ahora sabe querer y quiere lo que puede,
renunció al imposible y al sinquerer divino.*

Quiere el poeta lo que puede y sueña lo que no puede. Pero soñar una cosa, ¿no es, por ventura, declarar posible lo que uno desea y no se atreve a querer? Soñar, ¿no es acaso saber esperar todo lo que no es absolutamente imposible? Manuel Machado no sueña un imposible, sino una esperanza; aunque a veces se disfrace de «poeta maldito» y finja renegar de todo lo humano.

Sueña y espera Manuel Machado un modo sencillo y hondo de ser hombre. Ha conocido en su mocedad la inmensa tristeza

*de un vivir cosmopolita
sin amparo ni raíz.*

De vuelta de ese vivir, la voz de la tierra le canta el sentido de su nueva esperanza:

*Hay que ser bueno, y valiente,
mirar claro y hablar bien.*

Mirar claro y hablar bien... ¿No es esto lo que, en definitiva, sueñan para sí y para los españoles todos sus camaradas de generación?

Algo más sueña Manuel Machado.

*No me importa dónde voy
¿mañana?...
¡Nunca, quizás!,*

dice una vez. Pero en cuanto ahonda un poco más en su alma se rectifica. Tres páginas después habla desde sí mismo y nos confiesa que espera.

*una creencia antigua en cosas inmortales
que nos permita un inocente «yo sé».*

Eso y no otra cosa es lo que soñamos los hombres

cuando miramos lejos sin ver nada.

El esperanzado ensueño de Manuel Machado no puede ser ajeno a España. En él entran, junto a la tierra española y a las gracias de nuestro pueblo, la Castilla pura de la Edad Media —sencilla y sonriente en Berceo, obradora y generosa en Alvar Fáñez— y una España futura laboriosa, osada y fiel a sí misma.

*Nuestra labor oscura
sigamos...*

propone como consigna en *La huelga*:

*Gran palabra, navegar...
Apresto a nueva partida
mi barco, buen mariner.*

se dice a su propia alma en *Marina*; y años más tarde, en horas de prueba, verá disponerse a la Patria

para un mañana que el ayer no niega.

Este es Manuel Machado:

Unos ojos de hastío y una boca de sed,

cuando era joven y se miraba por de fuera; un alma llena de noble esperanza cuando, ya maduro, supo contemplar su verdadera intimidad.

Lleno estoy de sospechas de verdades,

declara a los cuarenta y ocho años; y tal vez diga más de sí mismo en ese prodigioso endecasílabo que en toda su obra restante.

¿Hombre del 98? Yo creo que sí, y hasta tengo la presunción de haberlo demostrado. Un hombre, en todo caso, que ha llegado a lograr plenamente el anhelo de su juventud con más vehemencia expresado:

¡Y ser un día bueno, bueno, bueno!

(ABC, diciembre de 1945. Publicado también en *España como Problema*, pp. 628-633).